

Estrella Muñoz y Sara Castell

(Ilustraciones Sara Castell)

1ºA ESO

PERDIDA EN LOS CUENTOS

Elena era una niña muy imaginativa y curiosa. Le gustaba leer cuentos clásicos. Vivía en un pequeño pueblo con su familia.

Un día, mientras leía “Alicia en el país de las Maravillas” empezó a sentirse un poco cansada hasta que cayó en un profundo sueño.



Cuando despertó, se encontraba tumbada en un enorme valle lleno de margaritas, que le acariciaban suavemente el cabello.

Se levantó y observó una pequeña mariposa de alas verdes con unas singulares estrellitas azules; era preciosa. La mariposa no paraba de revolotear a su alrededor. Elena intuitivamente empezó a seguirla por un bosque.



Casi sin darse cuenta se tropezó y cayó a una enorme madriguera que parecía interminable. Empezó a marearse y finalmente se desmayó. Cuando despertó se encontraba tumbada sobre una cama rodeada de siete extraños seres pequeños.

Ella extrañada preguntó:

– ¿Dónde me encuentro? ¿Quiénes sois?

Uno de ellos respondió:

- Somos los siete enanitos.



Otro de ellos añadió:

– Estás aquí porque te encontramos en el bosque de camino a la mina.
Estabas en el suelo inconsciente y decidimos traerte a casa y reanimarte.

– Muchas gracias – añadió Elena - ¿Hay algo que pueda hacer por vosotros?

Los siete enanitos enrojecidos contestaron al unísono:

– ¡Nada!

– Ah, por cierto, me llamo Elena, ¿cómo os llamáis vosotros?

Uno a uno fueron diciendo sus nombres:

– Sabio, Feliz, Gruñón, Mudito, Dormilón, Tímido y Mocoso.

Gruñón replicó:

– ¡Dejémonos de tantas bobadas y vayamos a trabajar!

– ¡Es verdad! – exclamó Sabio.

Los enanitos se despidieron y salieron hacia la mina.

Elena pensó en qué podía hacer mientras esperaba a que volvieran. Mientras pensaba, miró a su alrededor y vio el desorden de aquella casa. Al momento supo qué hacer. Les lavó la ropa y les hizo una riquísima tarta de manzana para que almorzasen al llegar. El tiempo pasó muy deprisa y cuando se quiso dar cuenta los enanitos estaban llamando a la puerta.

Al llegar a casa, se sorprendieron al encontrar todo limpio, ¡recogido y un delicioso aroma a... ¡tarta de manzana!

Sabio, al ver la bondad de Elena, le ofreció una poción que la convertía inmune a cualquier maleficio o maldición.

Mientras comían la tarta, Elena les dijo que iba al castillo a ver a la Reina para preguntarle cómo regresar a su pueblo. Los enanitos muy tristes se despidieron de Elena y le indicaron el camino.

Mientras andaba, intentaba recordar la poción que le había dado Sabio porque no sabía muy bien para qué la iba a usar, pero pronto lo averiguaría.

Cuando llegó al castillo, entró en una lujosa y enorme sala. Al final de esta, se encontraba la Reina sentada en su majestuoso trono real. Elena no sabía que la Reina últimamente estaba iracunda porque había oído que no era la más bella del reino y buscaba vengarse, con una manzana envenenada.

– Buenos días, soy Elena. Me he perdido y no sé cómo salir del reino.

– Pobrecita, siéntate aquí mientras te cuento todo -dijo la Reina.

Elena se sentó en una pequeña silla al lado del enorme trono de la Reina.



La Reina sabía que Elena era la más hermosa del reino y decidió darle la manzana envenenada.

– Estarás hambrienta; toma una manzana roja, está riquísima.

Elena cogió la manzana, le dió un mordisco y exclamó:

– ¡Mmmmmm! ¡Qué rico!

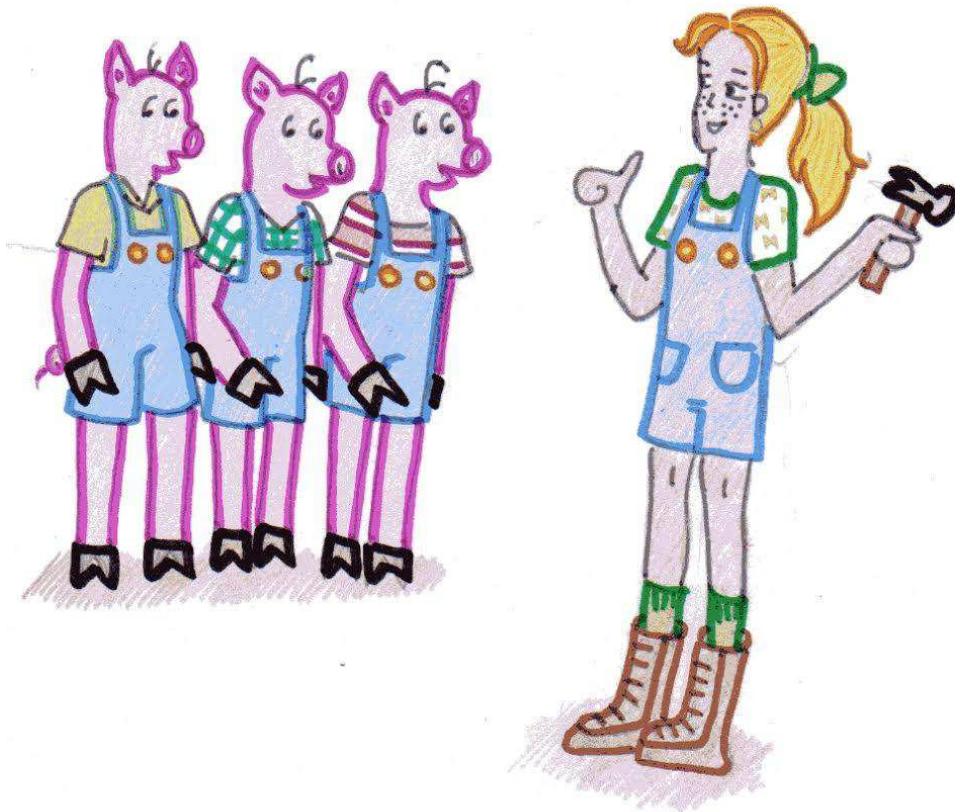
La Reina gritó:

– ¡Qué!, ¡Es imposible!

Elena al ver que las intenciones de la Reina eran malas, echó a correr lo más rápido que pudo.

Mientras corría se volvió a marear. Cuando abrió los ojos, se encontraba en la hierba fresca, cuando de repente escuchó un silbido. Inmediatamente fue a ver quién producía aquel dulce sonido. Se giró y miró a su alrededor y se dió cuenta de que estaba en el cuento de... ¡los 3 cerditos! Se acercó a ellos y se presentó. Uno de los cerditos que parecía muy impaciente le preguntó:

- Elena, tú cuál crees que es el material más resistente: ¿la paja, la madera o el ladrillo?



Se quedó pensando, pero su respuesta no fue un material, sino un final alternativo para el cuento.

- Mirad, yo creo que deberíais construir una sola casa para protegeros del lobo, pero para conseguirlo tenéis que unir vuestras fuerzas y trabajar unidos.

Los 3 cerditos pensaron que era buena idea, pero uno de ellos preguntó:

- Es buena idea, pero, ¿cómo vamos a hacer eso?

Elena les dijo que tenían que aprender a trabajar en equipo para poder vencer al lobo.

Cuando empezaron a hacer la casa vieron acercarse a el lobo por el camino del norte, no era otro que Juan, un enorme lobo de pelaje negro y no venía con la intención de hacer amigos, sino de comérselos. Cuando lo vieron venir, los tres cerditos, empezaron a terminar la casa lo más rápido que les permitían sus pezuñas y la inestimable ayuda de Elena. Tiraban un ladrillo por allí, una sierra por allá...

Cuando terminaron, les quedó una bonita casa con los tejados no muy altos, las paredes pintadas de un leve tono azulado que parecía el cielo en un día de primavera y muchas otras cosas. Pero no tuvieron demasiado tiempo para quedarse a contemplar su obra de arte, pues el lobo estaba ya muy cerca. Una vez dentro de la casa prepararon una rica sopa para la cena. Mientras se la tomaban veían como el lobo se iba acercando cada vez más y más justo cuando ya estaba delante de la casa. Sopló y sopló, pero la casa no se derribó. Los cerditos y Elena pensaron que estaban a salvo pero, un enorme huracán apareció de la nada y se llevó a Elena, a los cerditos y a la casa muy, muy lejos de allí.



Cuando Elena despertó, se encontraba rodeada de animalitos y vestida como Caperucita roja. De repente, uno de los animalitos que se encontraba a los pies de Elena y era un conejo blanco le dijo que fuera a ver a su abuelita que estaba pasando el bosque. También le dió algunas indicaciones como:

- Sigue este camino de baldosas amarillas hasta encontrar la casa de la abuelita, toma llévale esta cesta de comida; recuerda que no debes salirte de las baldosas o si no te perderás y jamás te encontraremos. ¡Suerte!

Elena un poco asustada siguió el camino de baldosas amarillas cantando:

- Voy a ver a la abuelita, a la abuelita voy a ver la, la, laaaa...

Cuando de repente se topó con un mono alado que parecía triste. Se acercó a él y le preguntó:

- ¿Cómo te llamas? ¿Te encuentras bien? Yo soy Elena.
- Me llamo Pipi y la bruja mala del Oeste me ha despedido por no limpiar bien los cristales de su castillo- dijo entre sollozos.
- Si quieres, ¿puedes venir conmigo? -exclamó Elena.
- Vale pero, cuidado, no nos pueden ver juntos.-digo dando saltos de alegría Pipi.

Sin esperar un segundo más, continuaron con su camino, cantando su canción:

- Voy a ver a la abuelita, a la abuelita voy a ver la, la, la, laaaa...

Pipi recibió una carta de parte de la bruja del Oeste diciendo que tenía que volver a sus servicios en el castillo.

Se despidió de Elena con la esperanza de volverse a ver y ella continuó su camino.

Cuando divisó a lo lejos la casa que le habían indicado, de repente se dió

cuenta de que no era una casa cualquiera, sino que era de... ¡caramelos! como la de Hansel y Gretel. Sin perder un minuto, corrió a verla.

Toda la casa era un enorme bizcocho, el tejado estaba hecho de cintas rojas de pica-pica, las ventanas estaban hechas de gominolas de colores, la puerta era una gran galleta de vainilla y detrás de la casa había un inmenso bosque de piruletas y chupa-chups y al fondo un río de chocolate caliente.

Elena apoyó sus pies en el felpudo, que era una chocolatina rellena de caramelo. Llamó a la puerta, y una entrañable y débil voz contestó:

- Pasa, pasa...

Ella entró a la casa y vió que las paredes estaban decoradas con caramelos de distintas formas, tamaños y colores, pero no fue en lo único que se fijó Elena. La que hablaba era una ... ¡galleta de jengibre!

Estaba tumbada en una cama, que era un bizcocho alargado, y estaba apoyada en una nube de azúcar.



Elena exclamó al verla:

- Hola soy Elena y tú...¿eres mi abuelita?

La galleta le respondió diciendo:

- Sí, soy tu abuelita jengibre.

Elena dijo:

- ¡Ah, vale! Me encanta tu casa, está llena de chuches.

La abuelita empezó a hablar y hablar.

Elena, que venía con mucha hambre, aprovechó un momento de despiste de la abuela para coger uno de los caramelos de la pared y comérselo. De repente, la abuelita galleta se puso a gritar, Elena se giró para ver qué ocurría. Pero al girarse sólo vio al lobo con la boca llena y los labios manchados con migas. Ella pensó que se había comido a la abuela y empezó a perseguir al lobo.

En cuanto salió de la casa, escuchó la voz de la abuelita y pensó que sólo sonaba en su cabeza pero, en realidad, era su voz, ¡la abuelita seguía viva! y no sólo eso también le decía: - ¡Hija, abrígate!, no salgas fuera sin abrigo. A Elena casi le da un vuelco al corazón, pero obedeció a su abuela y la abrazó. Olía muy bien, a galleta recién horneada.

Elena recordó que tenía hambre pero, antes de que dijese nada, el lobo se disculpó por haber entrado en casa sin llamar y haberse comido un trozo de ese delicioso bizcocho... ¡digo casa!

Elena y la abuelita le perdonaron y la abuela preparó unas succulentas galletas con trocitos de chocolate para Elena y el lobo. Después de merendar, ella se sentía cansada, así que se tumbó en un sillón que era una magdalena y se quedó dormida.

Al despertarse, se encontraba de nuevo en su habitación con su vestido rojo de cerezas y a su lado el libro de Alicia abierto por la página que lo había dejado al principio. Elena comprendió entonces que todo había sido un sueño, pero sin duda el mejor sueño que había tenido nunca.

